

EL LABERINTO Y EL HILO

DESPEDIDA A FELIPE YOFRE

Por Sebastián SALAZAR BONDY

Conoció el cronista a Felipe Yofré en Buenos Aires, durante los duros años de la dictadura, en la tertulia de artistas e intelectuales que acogía una generosa anfitriona, Lila Mora y Araujo. Allí, en torno al tema serio o risueño, platicaban gentes de diversa índole y carácter —Rafael Alberti, Miguel Angel Asturias, Pablo Rojas Paz, Oliverio Gironde, Javier Villafane, entre otros— acerca de las cosas nimias o trascendentales del día, de la hora. Yofré campeaba entre los amigos de aquella cita con su bonhomía, con su sentido del humor, con su corte-sía civil y campesina —“gaucha”, diría— a un tiempo. La reunión era informal y nada hacía sospechar (el futuro era un nubarrón oscuro tras el cual nadie vislumbraba la dicha política para la patria de Sarmiento) que las cosas darían, pocos años más tarde, un vuelco en redondo, y que por él Yofré ganaría, como justo premio a su fervor cívico, la investidura de Embajador de su país en Asunción, primero, y en Lima, luego.

En Lima, es bien sabido, el Embajador Yofré no fue un mero representante diplomático, dedicado al seco cumplimiento de su labor representativa. Desde el primer momento unió a la tarea propia del cargo un interés vivo por la cultura peruana. Ya era un inquieto coleccionista de pintura argentina: aquí se hizo aficionado a las viejas y hermosas telas de la escuela cuzqueña, llegando a reunir piezas que, por su valor y calidad, eran testimonio de la sensibilidad de quien las había adquirido, a veces rebuscándolas en los lugares en donde generalmente las confinara la desidia o el desinterés. El cronista recuerda con qué delectación y amor don Felipe mostraba a sus amigos aquella Santa Rosa de la escalera de la residencia —una dulce versión de aire italiano de la bienaventurada limeña— o esa escena de martirio en la que los volúmenes del horizonte, al decir de Yofré, anunciaban el afán constructivo por el color de algunos plásticos contemporáneos. Con el mismo fervor recorría, acompañado de sus huéspedes, su pequeño museo de artistas platenses, donde figuraban desde Rugendas hasta Battle Planas y Petorutti.

La afición de Yofré al arte no era exterior ni ostentosa. Esa actitud informal que el cronista le conoció en Buenos Aires, no varió en nada en el ejercicio de su misión internacional, que hizo efectiva tanto en la gestión oficial cuanto en la comunicación amical con las personas que él acogía como hombre dado a la charla inteligente, a la discusión culta, a la relación personal por encima de las divergencias de ideales o posiciones. Por eso su sensibilidad sabía descubrir la belleza en el trazo del pincel antiguo o actualísimo, pues con el arte el buen gustador abre un diálogo silencioso pero denso.

Ha sido triste para los peruanos, despedir a Felipe Yofré ayer sin volver a ver su sonrisa, su brazo tendido, su simpatía cordial. Muy rara vez un país echa de menos, como ahora, a un diplomático. El cronista quiere poner en esta nota de evocación y homenaje la gratitud a quien, por haber vivido en el Perú como un peruano, vinculó la patria de San Martín y la nuestra aun más de lo que la historia y la comunidad espiritual las han vinculado. Y al decirle adiós, lo hace con el gesto sin protocolo al que nos tuvo, por el ánimo amable que lo inspiraba, tan acostumbrados.